

Algodón y hierro
Federico Engels
Fines de julio de 1881

(Tomado de F. Engels, *El sistema de trabajo asalariado. Artículos de The Labour Standard (1881)*, Editorial Progreso, Moscú, 1976, páginas 47-50. El *The Labour Standard* (La Bandera del Trabajo) fue un periódico semanal tradeunionista inglés que apareció en Londres de 1881 a 1885 bajo la dirección de J. Shipton, F. Engels colaboró en él de mayo a agosto de 1881 y sus artículos se publicaron regularmente casi todas las semanas, sin firmar, como artículos de fondo, pero Engels tuvo que interrumpir su colaboración debido a la tendencia oportunista general que siguió el semanario. El artículo aquí reproducido fue escrito por F. Engels a fines de julio de 1881 y publicado en el número 13 del semanario, 30 de julio de 1881, como editorial.)

Algodón y hierro son las dos materias primas más importantes de nuestro tiempo. La nación que ocupa el primer puesto en la producción de artículos de algodón y de hierro, ocupa el primer puesto entre las naciones industriales en general. Y como este puesto corresponde a Inglaterra, hasta tanto lo detente ella será la primera nación industrial del mundo.

Por tanto, se podría pensar que los obreros ocupados en la industria del algodón y del hierro viven en Inglaterra espléndidamente; que como Inglaterra domina en el mercado, la producción de estos artículos debe marchar siempre viento en popa, y que, por lo menos en estas dos ramas de la industria, debe imperar el milenio de la abundancia prometido en la época de la agitación por el librecambio. ¡Oh! Todos sabemos que eso está muy lejos de ser así, y que si en este sector, lo mismo que en las otras industrias, la situación de los obreros no es peor, y en ciertos casos incluso ha mejorado, ello se debe exclusivamente a sus propios esfuerzos, a su fuerte organización y a la tenaz lucha huelguística. Sabemos que después de unos cortos años de prosperidad, hacia 1874 y siguientes, advino un colapso completo en la industria del algodón y el hierro. Las fábricas se cerraban, los altos hornos se apagaban, y donde la producción continuaba, de ordinario se trabajaba una jornada incompleta. Tales períodos de colapso se conocían ya antes; se repiten, por término medio, cada diez años, duran cierto tiempo y luego dan lugar a un nuevo período de prosperidad, y así sucesivamente.

Sin embargo, un rasgo distintivo del actual período de depresión, sobre todo en la industria del algodón y del hierro, es que se prolonga varios años más que de ordinario. Se ha intentado varias veces despertar la animación, ha habido varios chispazos, pero en vano. Si la época de verdadero colapso ha pasado, el estancamiento de la producción continúa, y el mercado sigue siendo incapaz para absorber toda la producción.

La causa de esto reside en que, atendido nuestro actual sistema de empleo de máquinas para la producción de artículos manufacturados y también de las mismas máquinas, la producción puede crecer con increíble rapidez. Si los fabricantes lo desearan, no ofrecería grandes dificultades, en un solo período de prosperidad, aumentar tanto el equipo de hilar y tejer, blanquear y teñir las telas de algodón, como para estar en condiciones de producir un 50% más, y también de duplicar la producción de hierro colado y de toda clase de artículos de hierro. De hecho, el incremento no ha alcanzado tales proporciones. Con todo y con eso, no admite comparación con el crecimiento a que se llegó en los períodos anteriores de expansión, por lo que su consecuencia es la superproducción crónica, la depresión crónica en la industria. Los patronos se hallan en

condiciones de esperar, por lo menos bastante tiempo, pero los obreros deben sufrir, porque para ellos esto significa la miseria crónica y la constante perspectiva de la casa de trabajo.

¡Tales son, pues, las consecuencias del alabado sistema de la competencia ilimitada, así se realiza el reino milenario prometido por los Cobden, los Bright y compañía! Tal es la suerte de los obreros cuando, como ha ocurrido en los últimos veinticinco años, dejan la dirección de la política económica del imperio a sus “jefes naturales”, a los “capitanes de la industria” que, según Tomás Carlyle, están llamados a mandar el ejército industrial del país. ¡Buenos capitanes de la industria! Comparados con ellos, los generales de Luis Napoleón fueron en 1870 genios. Todos estos pretendidos capitanes de la industria luchan uno contra otro, obran exclusivamente en interés personal, amplían sus instalaciones sin tener en cuenta lo que hacen sus vecinos y luego, en última instancia, todos advierten con gran asombro que el resultado ha sido la superproducción. No pueden unirse para regular la producción, para lo único que pueden unirse es para *rebajar el salario de sus obreros*. De este modo, ampliando irreflexivamente la capacidad de producción del país mucho más allá de lo que el mercado puede absorber, privan a sus obreros de la relativa holgura que les daría el período de prosperidad moderada y al que los obreros tienen derecho después del largo período de colapso para hacer llegar sus ingresos hasta el nivel medio. ¿Acaso no se comprende todavía que los fabricantes, como clase, son ya incapaces de dirigir los grandes intereses económicos del país; más aún, que son incapaces de dirigir el propio proceso de producción? ¿Y acaso no resulta absurdo (aunque es un hecho) que el mayor enemigo de los obreros ingleses sea la creciente productividad de sus propias manos?

Pero se debe tomar en consideración otro hecho. No sólo los fabricantes ingleses aumentan sus fuerzas productivas. Lo mismo ocurre en otros países. La estadística no nos permite comparar separadamente la industria del algodón y del hierro de los distintos países adelantados. Pero si tomamos englobadas las industrias textil, minera y metalúrgica, podemos componer un cuadro comparativo con los materiales del Dr. Engel, director del Buró Prusiano de Estadística, en su libro *Das Zeitalter des Dampfs (El siglo del vapor)*, Berlín, 1881). Según sus cálculos, en las indicadas ramas de la industria de los países siguientes se emplean máquinas de vapor cuya potencia total es en caballos de fuerza (el caballo de fuerza es igual a la fuerza que se necesita para levantar 75 kilogramos a la altura de un metro durante un segundo):

	Industria textil	Minas y fábricas metalúrgicas
Inglaterra, 1871	515.800	1.077.000 HP
Alemania, 1875	128.125	456.436 “
Francia, alrededor de	100.000	185.000 “
Estados Unidos	93.000	370.000 “

Vemos, pues, que toda la fuerza del vapor empleada por las tres naciones que son las principales competidoras de Inglaterra, es en las empresas textiles igual a tres quintos de la fuerza de vapor inglesa; en la industria minera y metalúrgica es aproximadamente igual. Y como el progreso industrial de estos países es mucho más rápido que el de Inglaterra, apenas si puede ponerse en duda que su producción conjunta sobrepasará en breve la producción de esta última.

Véase además el cuadro siguiente, que indica en caballos de fuerza el vapor empleado en la producción, sin contar locomotoras ni barcos:

	Caballos de fuerza
Gran Bretaña, alrededor de	2.000.000
Estados Unidos	1.987.000
Alemania	1.321.000
Francia	492.000

Este cuadro muestra con mayor claridad aún lo poco que ha quedado ya del monopolio de Inglaterra en la producción fabril y lo poco que le ha ayudado el libre comercio a asegurar su superioridad industrial. Y no nos vengan con que este progreso de la industria extranjera es artificial, con que se debe al proteccionismo. Toda la gigantesca expansión de las fábricas alemanas se ha conseguido con el régimen más liberal de libre comercio, y si Norteamérica, principalmente por el absurdo sistema de impuestos indirectos internos, se ve obligada a recurrir a un proteccionismo más aparente que real, la derogación de estas leyes fiscales sería bastante para ponerla en condiciones de competir en el mercado libre.

Esta es la situación a que han llevado al país veinticinco años de dominación casi absoluta de las doctrinas de la escuela de Manchester. Nosotros estimamos que los resultados son tales, que exigen la separación urgente de los señores de Manchester y Birmingham, para que en los próximos veinticinco años cedan el puesto a la clase obrera. Es seguro que peor no podrá gobernar.

Edicions Internacionals Sedov
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es